

Fuente: "Árabes y judíos en América Latina. Historia, representaciones y desafíos". Compilado por Ignacio Klich. Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2006

ÁRABES Y JUDÍOS EN CHILE: APUNTES SOBRE LA INMIGRACIÓN Y LA INTEGRACIÓN SOCIAL

Autor: Lorenzo Agar Corbinos¹

"Del Oriente la luz, del Occidente la ley" - Anónimo

a. Presentación

Luego de un siglo de inmigración, árabes cristianos², y judíos orientales y europeos, han forjado en Chile colectividades que actualmente están formadas casi exclusivamente por descendientes. Éstos ya alcanzan la cuarta generación de nacidos en el país y han seguido caminos de adaptación e integración muy semejantes. Lo cual significa un aporte migratorio positivo, puesto que muestran indicadores de progreso material y social bastante más elevado que el promedio nacional.

Por esto, se puede afirmar que Chile debe parte de su desarrollo a ambas comunidades, las que además detentan un grado de convivencia pacífica, reveladora, entre otros aspectos, de un esfuerzo por luchar en contra de los prejuicios de ésta u otras sociedades receptoras.

Ambas comunidades compartieron una forma de emigración definitiva —muy distintas a las actuales en donde las comunicaciones, la globalización y el reconocimiento de la diversidad comunitaria hace posible vivir la propia identidad lejos de la tierra natal—, donde se sabía a ciencia cierta que el éxodo era definitivo y su instalación en un nuevo lugar de destino sería una lucha por la supervivencia, sin vuelta atrás.

¹ La periodista Nicole Saffie Guevara colaboró en la preparación de este artículo.

² Pocos son los árabes musulmanes que llegaron a Chile en esta corriente migratoria. A partir de los datos del Censo 2002, es posible estimar a los musulmanes en unas 4.000 personas. La mayoría de ellos son chilenos convertidos al Islam en fechas recientes.

Durante todo el siglo XIX y en los albores del XX, se desató un importante crecimiento y desarrollo económico mundial, que modificó la composición, intensidad y orientación del comercio global, junto al rápido incremento de la población mundial. Fue una época de grandes cambios en el mundo. Uno de ellos se relacionó con nuevas formas de distribución espacial, que tendió a expresarse en una serie de movimientos migratorios a grandes distancias. Este desplazamiento espacial no constituyó una acción aislada, sino que se enmarcó en un movimiento de población intercontinental mucho más amplio y generalizado en el que participaron diversos grupos humanos (Agar/Rebolledo, 1997).

La presencia en Chile de población árabe y judía, coincide con el masivo desplazamiento humano en el contexto mundial y regional. La inmigración de ultramar en América³ fue intensa, aunque fluctuante durante el período comprendido entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. Este patrón migratorio contribuyó significativamente a la configuración de varias sociedades nacionales de la región. Los flujos migratorios tuvieron como destino preferente aquellos países que exhibían condiciones favorables para la inserción de personas provenientes principalmente del sur de Europa.

Este continente estaba inmerso en la segunda fase de la transición demográfica cuando la población experimentó un rápido crecimiento. En el período 1800 – 1900, la población mundial pasó de cerca de 900 a unos 1600 millones de habitantes. Este gran crecimiento demográfico, entre otros aspectos, hizo aumentar la densidad de población y ejerció una fuerte presión en el mercado laboral, debido al rápido incremento de las personas económicamente activas desocupadas (Agar/Rebolledo, 1997).

La carencia de una política europea que pudiese absorber eficazmente con empleos productivos a esta creciente población, orientó el proceso migratorio hacia otras regiones del mundo. Por su parte, los países americanos requerían de aquella fuerza de trabajo para su propio desarrollo; por su baja densidad poblacional y elevada demanda de mano de obra, el continente americano ofrecía posibilidades de desarrollo para nuevos grupo humanos.

En las naciones latinoamericanas, y Chile en particular, la población se dividía en dos grupos sociales importantes: La clase oligárquica-aristocrática, latifundista por excelencia, y la campesina. La economía se basaba en la exportación de recursos naturales y, en el caso chileno, principalmente salitre.

La influencia de las ideas ilustradas a fines del siglo XIX estaban en su cenit, las elites dominantes colocaban sus esperanzas en que pudieran implementarse

³ Es posible identificar tres grandes patrones migratorios en América Latina y el Caribe: La inmigración de ultramar, la migración dentro de la región y la emigración hacia el exterior de la región. La inmigración árabe y judía queda enmarcada en el primer tipo de movimiento.

soluciones europeas o norteamericanas para compensar las deficiencias latinoamericanas (Larraín, 1996). En muchos casos, la descripción de esas deficiencias tenía connotaciones claramente racistas: Se decía que América Latina tenía que ser civilizada, y debía erradicarse sus rasgos culturales atrasados y bárbaros. En contraste, Europa y Estados Unidos representaban la civilización. La barbarie resultaba de la inferioridad racial y esta noción se reflejaba primeramente respecto de la población indígena, situación que perdura hasta nuestros días.

No debe sorprender entonces que algunas de las políticas que se propugnaban para la modernización del continente latinoamericano, consistían en “mejorar” su raza mediante la inmigración europea. En este caso, árabes y judíos representaban un referente extraño y no deseado de inmigrantes. Los primeros por su cultura y rasgos étnicos distintos, y los segundos por su religión y, en el caso de los sefardíes, también por sus rasgos físicos, muy similares al de los árabes⁴.

Se promueve, pues, una inmigración blanca, asociada a la creación de una clase capitalista anti-feudal —que faltaba en estos países y que era vista como necesaria para lograr el anhelado progreso—, y se declara el rechazo a la inmigración de “razas inferiores” para llevar a cabo la modernización de América Latina (Palacios, 1918). Con todo, no existió legislación o instrucciones específicas para evitar la llegada de árabes o judíos durante el siglo XX, como sí ocurrió en otros países de la región (Klich, 1998).

Desde la posición americanista, se desprende el interés por absorber la población inmigrante predominantemente europea. Las transformaciones del naciente capitalismo industrial del viejo continente habían conllevado cambios profundos en la estructura poblacional y en las condiciones de vida, las que estimulaban la decisión de partir. Además, la carencia de puestos de trabajo se constituye en uno de los factores expulsivos más importantes.

Durante la segunda parte del siglo XIX y la primera mitad del XX, llegaron al continente americano cerca de unos 9 millones de inmigrantes europeos. La gran mayoría se instaló en los Estados Unidos, Brasil y Argentina. Estas tierras atraían por su baja densidad poblacional, generosidad en recursos naturales, relativa apertura religiosa y una clara disposición a poblar sus vastos territorios inexplorados.

b. Las políticas de inmigración en Chile

Chile ha sido históricamente un país con baja inmigración. Según el Censo de 2002 sólo un 1,4% de su población es inmigrante. En el año 1907 se aprecia la mayor

⁴ Si bien los árabes que llegaron a esta región eran cristianos, pertenecían a las Iglesias Ortodoxas de oriente; este hecho los llevó a tomar ciertos recaudos para disminuir las diferencias entre sus ritos y los de la Iglesia Católica Apostólica Romana (Klich, 1992).

proporción de ciudadanos, con un 4,1% sobre la población chilena. La inmigración extranjera en el país comenzó oficialmente en 1824, con el objetivo de poblar el territorio y dar impulso al desarrollo económico industrial. A partir de ese año, y durante todo el siglo XIX, fue alentada y dispuso de apoyo gubernamental.

Chile necesitaba a los inmigrantes. Ellos dinamizaban la economía y aportaban nuevos conceptos en un ambiente ávido de saber moderno. Así, el Estado chileno propició durante el siglo XIX la contratación de profesionales de diferentes países europeos, en algunas empresas o universidades, para que contribuyeran al progreso económico, científico y técnico del país en formación. Los inmigrantes debían colonizar territorios de menor atractivo económico, explotando las riquezas, potenciando la agricultura, la pesca y la minería, entre otras actividades. Existía la necesidad de contar con individuos capaces de incorporar un valor agregado a la economía nacional y, a su vez, fortalecer las incipientes áreas en expansión.

El más conocido caso de una política de inmigración fue la promoción de la colonización alemana, desde 1845, en el sur de Chile. Aunque Alemania aún mostraba rezagos feudales en términos políticos, se encontraba económica y científicamente en un momento de auge. Para la naciente República, los conceptos de desarrollo moderno y alemanes constituyeron categorías indivisibles. Ante esto, el Estado propició iniciativas concretas que significaron la colonización de las zonas de Valdivia, Osorno y Llanquihue, por parte de ciudadanos de origen alemán.

El espíritu de dicha política fue alcanzar niveles de desarrollo similares a la Alemania en el siglo XVIII y comienzos del XIX. La ubicación de "colonos" en territorios específicos, obedeció a una estrategia económica y sociocultural tendiente a estimular el desarrollo agroindustrial en Chile, intentando además impregnar a los chilenos con su *ethos* del trabajo⁵.

La propuesta consistió en convertir extensos territorios silvestres en campos aptos para la agricultura, a cambio de la consignación de éstos a nombre de los inmigrantes. El Estado chileno apostó a una contribución alemana para lograr el progreso del país y la incorporación de nuevos atributos a la población chilena, a través de la acción demostrativa de los inmigrantes. Los europeos eran invitados a trabajar a Chile, mientras que los inmigrantes árabes o judíos no contaban con fomento oficial de ningún tipo.

La inmigración generaba cierta preocupación en la sociedad chilena, por las implicancias en materia de mestizaje que conllevaba. Dicha aprensión estuvo acompañada por una selectividad humana, desde los primeros años de vida republicana, que ha sido bien documentada por nuestros historiadores. Por

⁵ Ya en 1811, José Miguel Carrera había propuesto reclutar colonos irlandeses para que cooperaran en la defensa de la causa de la independencia de Chile.

ejemplo, Joaquín Edwards Bello expresaba en 1935 su consternación por la inmigración de “árabes, sirios y judíos”, pues aseguraba, “era la causa de que el chileno de los barrios de Recoleta, San Pablo y San Diego, mostrara un color de piel más oscuro”.

El proceso inmigratorio fue promovido oficialmente por Benjamín Vicuña Mackenna (1865), quien elaboró una clasificación de los inmigrantes europeos con categorías bien estipuladas: En primer lugar se ubicaban alemanes, italianos y suizos, seguidos por irlandeses, escoceses e ingleses. El tercero lo ocupaban los franceses, y en el último lugar, los españoles. Además de estas características étnicas, debían contar con una actividad laboral reconocida como empresarios, técnicos, obreros o agricultores, para que ameritasen las concesiones prometidas (Rebolledo, 1994).

c. Discriminación y adaptación

La llegada de árabes y judíos —que coincide con la disminución del interés estatal por atraer población extranjera, esto es, a partir de 1907—, se produjo fundamentalmente durante la primera mitad del siglo XX. Los inmigrantes árabes tuvieron conciencia de haber elegido un país con un nivel de desarrollo equiparable a sus lugares de origen. La discriminación que padecieron durante este período de dura adaptación los llevó a replegarse espacialmente, agrupándose en un sector específico de la ciudad de Santiago llamado Patronato (Agar, 1982). En el caso de la inmigración judía la situación fue muy similar, puesto que se instalaron en un sector espacial específico en Santiago: En torno a la calle San Diego.

Los inmigrantes árabes provenían de ciudades distintas y se diferenciaban en palestinos, sirios y libaneses, según la nomenclatura geopolítica moderna. Con todo, las semejanzas de los inmigrantes árabes son muy significativas al momento de la conformación de una identidad como grupo. Un aspecto crucial es la cultura común, la lengua y la religión (Agar/Rebolledo, 1997).

El trato del Imperio Turco Otomano hacia los súbditos que no practicaban el Islam se constituyó en un factor expulsivo subyacente para las minoría cristiana. En Palestina, Siria o El Líbano, el acceso a las instituciones burocráticas, y al desarrollo económico y social, se vio fuertemente restringido para los cristianos. De ahí que los inmigrantes árabes en Chile pertenecieran a la fe cristiana, ya sea del rito ortodoxo o católico romano (Agar, 1982; Daher, 1986). Una de las formas para lograr una rápida adaptación a la sociedad chilena fue la de trasladarse al catolicismo romano y de esta forma, ir asumiendo ciertas prácticas y conductas que les permitieran superar el rechazo inicial⁶.

⁶ Consta en Chile que muchos inmigrantes y descendientes palestinos cristianos ortodoxos se convirtieron al catolicismo romano para poder casarse con chilenas e integrarse con mayor facilidad a las familias y la vida religiosa nacional. Según una encuesta realizada por Daniela Lahsen (2001) a 306 familias chilena-palestinas originarias de Beit Yala, Palestina, un 72% de los inmigrantes eran ortodoxos y un 28%

En el caso de los judíos, según Carlos Matus, "... se arraigó una férrea solidaridad interna, que se expresó en una convivencia positiva con los extranjeros no judíos. Esto resultó particularmente notable en el caso de la colonización alemana en el sur del país, donde los judíos fueron reconocidos como miembros de la colectividad alemana, pudiendo tener acceso incluso a ser sepultados en el Cementerio Alemán de Valdivia, sin importar su religión" (1993:52).

Los inmigrantes árabes y judíos no contaron con ofertas concretas para su asentamiento en el país, ni con las facilidades para empezar a trabajar. Esto significó no sólo la ausencia de herramientas de trabajo y/o medios que permitiesen iniciar una labor, sino también la nula o escasa existencia de mecanismos de concesión para instalarse en áreas territoriales específicas. Ésta fue una de las razones por lo que resultaba compleja una inserción basada en los principios y orientaciones basadas en las políticas inmigratorias de Chile. Fue entonces una condición perentoria que tanto árabes como judíos se abrieran camino por sí mismos y en actividades económicas de carácter independiente.

Además de no contar con un apoyo gubernamental, tanto árabes como judíos fueron, durante el período de adaptación, víctimas de discriminación. La adquisición de prejuicios responde a un modo de simplificar la visión del mundo basándose en generalizaciones de información imperfecta o incompleta, o sea, en la formación de estereotipos.

Ambos grupos estuvieron expuestos a la difamación por haber sido estigmatizados como grupos étnicos inferiores y no deseados para la inmigración. La prensa y ciertos medios intelectuales menospreciaron su aporte en forma constante. Se consideraban razas inferiores a "chinos, árabes y judíos", y como se dedicaban al comercio, la prensa los atacaba duramente haciéndolos culpables de enriquecerse a costa de los "despreocupados chilenos". Ello se debía a su modesta condición económica inicial y a su casi exclusiva dedicación al trabajo como comerciantes ambulantes, lo cual produjo una actitud de rechazo por parte de la sociedad chilena (Rebolledo, 1991). Debe reconocerse, no obstante, que en el ámbito de las descalificaciones se encontraban todos los grupos que carecían de un origen centroeuropeo: Indígenas, extranjeros eslavos y lejano-orientales.

Para facilitar el proceso de adaptación a la sociedad chilena, un conjunto no menor de personas cambió su nombre y apellido de bautizo. Esto también indicaba el comportamiento de la sociedad receptora hacia el inmigrante: El cambio de nombre favorece una comunicación más fluida entre los distintos grupos, en la que los

católicos apostólicos romanos. Sin embargo, ya en la segunda generación de nacidos en Chile esta relación se invertía casi exactamente, siendo ahora un 70% de católicos romanos y un 30% de fe ortodoxa.

prejuicios tienden a desaparecer, facilitando las relaciones comerciales y también sociales.

Debe precisarse que nunca hubo persecuciones o campañas para expulsar a los árabes o judíos del territorio chileno. La existencia de matrimonios mixtos a comienzos de la inmigración, si bien en una proporción baja, refleja que en Chile también hubo espacios de aceptación. La discriminación social con base étnica ha formado parte de la historia del país y los grupos sociales discriminados siguen siendo, hasta hoy incluso, aquellos que reúnen características humanas alejadas de los patrones culturales occidentales.

El grupo receptor, la sociedad chilena, valorizó a estos inmigrantes a partir de los patrones que la época y los gobernantes dictaban, lo que tuvo como consecuencia un desprecio hacia el grupo extranjero. Además, la ocupación en tareas de comercio a pequeña escala de la mayoría de los primeros inmigrantes árabes, alimentó prejuicios respecto a su imagen, tiñendo así su identidad social (Daher, 1986). Con el tiempo llegaría la valoración del rol de los intermediarios entre productores y consumidores, que asumieron los comerciantes árabes y judíos.

Los primeros inmigrantes se ubicaron en barrios de la periferia, viviendo en casas de escaso valor donde generalmente se agrupaban en función de las relaciones de parentesco. De esta manera, poco a poco se dio inicio a la concentración de familias en calles específicas. El asentamiento en barrios marginales de la ciudad era común y se adoptaba para no incurrir en gastos innecesarios —la voluntad de sacrificio inicial para hacer venir y juntar a la familia explica esta actitud— que pudiesen significar un mayor deterioro de las condiciones de vida (Olguín/Peña, 1990).

Más allá de elegir vivir en barrios modestos, la discriminación hacia árabes y judíos se reflejaba de un modo particular toda vez que representan una etnia distinta, con un claro sentido del ahorro, lo que se expresaba en gastos exclusivos para la alimentación y el pago del alquiler, dedicación sin pausa al trabajo, iniciativa emprendedora e integración familiar a la actividad laboral. Todo lo anterior no era bien visto por la población local y propició el surgimiento de prejuicios que dificultó el proceso de adaptación al medio chileno.

La hostilidad hacia el árabe se manifestó especialmente en burlas. Como los primeros árabes entraron al país con pasaporte del Imperio Turco Otomano, la población local comenzó a llamarlos "turcos", denominación que ofendía —y seguramente por esto mismo se mantuvo este apelativo— a quienes habían sufrido los malos tratos del Imperio. El trato de "turco" se utilizaba en la escuela, lugar que constituye uno de los primeros espacios de socialización formal. Pero no se limitaban a ésta, la hostilidad hacia el árabe se manifestó en burlas y, algunas veces, en el desprecio por su aspecto, su forma de hablar y su forma de vivir

(Daher, 1986). La encuesta a población de origen árabe (EPOA) (Agar, 2001)⁷ – devela actualmente un progresivo sentimiento de integración alcanzado con el paso del tiempo⁸.

Sin embargo, el camino de la integración y la movilidad social no ha sido fácil. En este proceso "... a los individuos de origen árabe, cualesquiera que fuesen sus atributos personales, se les vedaba el ingreso a la clase alta. (...) Uno de los clubes tradicionales, otrora un baluarte aristocrático, perdió esa distinción porque, debido a la necesidad de mantener una sede suntuosa en el centro de la capital, había admitido en el cuadro de socios a unos "turcos muy ricos". La discriminación practicada contra las familias de origen árabe, entre las cuales se encuentran algunas de las mayores fortunas de Chile, parece comprobar que la clase social y la clase económica está lejos de significar una misma cosa en América Latina" (Daher, 1986:76).

En Chile, los inmigrantes árabes tendieron a replicar su manera de ubicarse geográficamente. En sus aldeas y ciudades los barrios agrupaban a las familias, cuya importancia al momento de establecer relaciones de confianza era vital. Los vecindarios o barrios eran homogéneos con respecto a la religión, al origen nacional y, en cierta medida, a la ocupación y los ingresos. Allí, el individuo tenía íntimos y perdurables vínculos de parentesco, credo y vocación. La ciudad del Medio Oriente consistía en una aglomeración de comunidades autónomas donde no se cultivaba sentimiento alguno de lealtad hacia la misma ciudad. Existía, por cierto, una lealtad hacia la familia y la comunidad religiosa. Esta forma de vida se proyecta también en la forma de asentamiento espacial, pues la cooperación y cercanía geográfica entre las personas se hace indispensable al emprender actividades comerciales en un país desconocido (Agar, 1982).

La coincidencia de la llegada de inmigrantes árabes desde distintas zonas geográficas repercutió hondamente en su formación como grupo, y también en la forma en que la sociedad chilena los recibió y percibió. La percepción que tuvo la sociedad receptora hacia los inmigrantes llegados desde El Líbano, Palestina y Siria fue uniforme, lo cual se debió fundamentalmente al desconocimiento generalizado del mundo árabe y en particular de la organización político-administrativa del Medio Oriente durante el período otomano y luego, de las características de su desmembramiento. Por tal razón, todos los inmigrantes provenientes de diferentes

⁷ Encuesta realizada en abril-mayo 2001, con el objetivo de identificar algunos de los principales atributos sociodemográficos y culturales de los descendientes de árabes en Chile. Respondieron la encuesta un total de 137 personas: 34 académicos de la Universidad de Chile (58% del total de académicos de ese origen en dicha institución), 39 estudiantes de la Universidad de Chile (11% del total de alumnos descendientes de árabes de ese plantel) y 64 empresarios registrados en la Sociedad de Fomento Fabril (13% del total de empresarios de este origen anotados en esta organización gremial).

⁸ En los académicos, un 85% se siente integrado y un 15% se ha sentido discriminado, mientras que en el caso de los empresarios el sentimiento de integración disminuyó a un 81% y el de discriminación es un 19%. Entre los estudiantes el 93% se siente integrado y sólo el 7% se ha sentido discriminado.

regiones del Medio Oriente pasaron a ser vistos con una categoría única, más allá de sus diferencias culturales que incidirían en su integración social, económica y espacial.

El credo religioso fue uno de los factores que facilitaron la integración de los árabes. Por el contrario, para los inmigrantes judíos éste no fue el caso. Si bien se acomodaron en la ciudad de Santiago en ciertos barrios similares a los árabes, su identificación religiosa los marcaba y diferenciaba. Para Gunter Böhm, "las dificultades que tuvieron que enfrentar los nuevos inmigrantes eran bastante considerables. No sólo el desconocimiento del idioma los perjudicaba, sino también la imagen que del judío tenía el hombre de la calle a comienzos del siglo XX. A su vez, la necesidad de organizarse como grupo religioso, la compra de un terreno para enterrar a sus deudos, la inmediata ayuda a los inmigrantes recién llegados, hacían de todo, oficios manuales y comerciales" (1983:103).

Los difíciles años treinta hicieron que la situación anterior aumentara. Según Matus, "la situación económica lograda por estos inmigrantes al cabo de unos pocos años, la crisis económica generalizada que caracteriza a la economía chilena hasta 1940, explican de cierta forma, esta agudización del rechazo a la presencia judía en el país" (1993:61). Esencialmente fue un rechazo a la inmigración, que se mostró a tono con una evolución semejante en toda América Latina a la luz del problema de los refugiados del régimen nazi.

d. Magnitud y distribución espacial

Entre fines del siglo XIX y el inicio de la primera Guerra Mundial, arriba a Chile la mitad del total de población árabe inmigrante. En el censo de 1920, por primera vez, hay un registro de 2.383 inmigrantes árabes y en 1930, se observa el mayor número de inmigrantes árabes inscritos: 6.703 personas (Agar/Rebolledo, 1997).

La Guía Social de la Colonia Árabe (Mattar, 1941) registró un total de 2.994 familias árabes, cifra que correspondería a unas 15.000 personas. Debido a que fue realizada en una época temprana, un 85% de estas familias eran inmigrantes y un 15% descendientes.

Del total de familias árabes censadas, la población procedente de Palestina representaba un 51%, de Siria un 30% y de El Líbano un 19%. En tanto, las ciudades de origen de estos inmigrantes que marcaban un claro predominio era Homs —de donde proviene prácticamente la mitad de los inmigrantes sirios—, y Beit- Yala y Belén, de donde procede un 70% de los palestinos (Agar, 1982).

Según la EPOA (Agar, 2001), el 62% de los encuestados es de origen palestino, el 25% de origen sirio, el 4% de origen libanés y el 9% tiene ascendencia árabe combinada. La razón de este cambio en la composición por lugar de origen de los

descendientes, dice relación con la permanencia de una inmigración palestina por sobre la siria o libanesa, después de la segunda Guerra Mundial.

En el caso de los judíos, a contar de la independencia de Chile no necesitan entrar como cristianos. Los primeros judíos en inmigrar son europeos, franceses y alemanes, primero en Valparaíso y luego, a contar de 1840, en Santiago y otras zonas de Chile (Böhm, 1983). Siguiendo a este mismo autor, "otro grupo de inmigrantes judíos llega a Chile durante los años de la primera Guerra Mundial, principalmente de la actual Yugoslavia, Grecia y Turquía. Aquellos de origen español o sefardita, hablando su antiguo español o ladino, se ubican, en un comienzo, en la región de Temuco. Por tener costumbres e idioma diferentes al grupo ya establecido en la capital, no se integran, al principio, a ninguna de sus organizaciones" (1983:103).

Hacia 1930 había en Chile unos 3.700 judíos en una población de poco más de 4 millones, lo que representaba un 0,09%. Hoy en día, según estimaciones a partir del Censo de Población de 2002, la población judía alcanzaría las 20.000 personas, representando un 0,13% de la población nacional. En el caso de los árabes, según estimaciones propias, este porcentaje se situaría entre un 0,4% y un 0,5% de la población nacional; es decir, entre 60.000 y 75.000 descendientes⁹.

La inmigración judía se diferenció de la árabe por su concentración en Santiago muy en los inicios. Así, ya en 1920, de los 2.138 judíos registrados en el censo, un 52% se concentraba en Santiago (Matus, 1993). En seguida la concentración se estableció en las zonas de la Araucanía, Aconcagua, Bío Bío y Coquimbo. En 1930 esta concentración aumentó a un 64%. Cabe señalar que un 37% del total de extranjeros en Chile en ese año se localizaba en Santiago.

Los inmigrantes judíos, a diferencia de los árabes que se localizaron en pueblos secundarios a nivel de provincia, se concentraron sólo en algunas regiones y en las ciudades principales como Temuco, Valparaíso, Concepción y La Serena. Para 1940 la población judía aumentó de 3.697 a 8.333 personas. En Santiago se concentraba

⁹ Este cálculo se construye de la siguiente manera: En 1941 se estiman unos 15.000 árabes, entre inmigrantes y descendientes. En 1970, según el Censo de Población de origen árabe en el Gran Santiago (Bitar, Sergio y Henríquez, Helia) se estiman 12.291 árabes en el Gran Santiago. De acuerdo a la distribución espacial de los árabes en el territorio nacional es posible estimar para esa fecha unos 31.000 en Chile. Esta cifra, que duplica la población de 1941, es coherente con los períodos de llegada de los inmigrantes: El 40% llega a Chile entre 1941 y 1970. Entre 1970 y 2002 la población de Chile creció en un 70%. Si asimilamos el crecimiento natural demográfico de los árabes al nacional y considerando que después de 1970 no hay registros censales migratorios significativos de población árabe, se llegaría a una cifra base de 52.700 personas. Ahora bien, este cálculo es conservador y seguramente está por debajo de la realidad, pero no existen estudios más exactos sobre el número de inmigrantes y descendientes árabes en Chile y por esta razón avanzamos estas cifras con mucha cautela. Es también necesario decir que tanto la Guía de 1941 y el Censo de 1970 han seguramente subestimado las personas de origen árabe puesto que, si bien fueron iniciativas muy rescatables, se realizaron con técnicas rudimentarias y limitado financiamiento, lo que seguramente impidió registrar al total de población.

un 79% en esa misma fecha, y en la zona central de Chile lo hacía un 87% (Matus, 1993).

Según Carlos Matus, "desde 1933 hasta 1941 la inmigración judía a Chile se intensificó producto de la llegada al poder de regímenes totalitarios en Europa, que provocaron una creciente emigración judía y de refugiados políticos. Uno de estos casos lo constituyó un importante contingente de republicanos españoles, derrotados por el régimen de Franco, cuyo flujo más importante arribó en el vapor Winnipeg. El otro caso fue el de los judíos de Europa Central y Oriental, que huían de la persecución nazi" (1993:64). Y continúa: "desde 1933 llegaron 15.000, y de éstos, 13.000 (87%) entre 1933 – 1940. Se estima que dos terceras partes eran alemanes. Entre enero y abril de 1940 llegaron 5.559 inmigrantes judíos a bordo de los vapores "Augustus", "Virgilio" "Orduña" y "Santa Lucía" (1993:67).

La orientación territorial de los inmigrantes judíos siguió el patrón clásico de las migraciones a grandes distancias; es decir, una orientación preferencial hacia las ciudades capitales. El cambio drástico en la forma de vida condujo a estos inmigrantes a concentrarse en zonas geográficas bien definidas y de preferencia en la capital o en las ciudades principales a nivel regional. Para el año 1952 había un total de 11.496 judíos, del cual un 83% vivía en Santiago. En esta fecha ya un tercio de los judíos había nacido en Chile. Hacia los años sesenta se estimaban unos 15.000 judíos, de los cuales un 77% se ubicaba en Santiago (Matus, 1993).

Carlos Matus explica que "los inmigrantes judíos, más que otras colectividades, tenían dos grandes razones para asentarse en las capitales y ciudades importantes; por un lado las preferencias ocupacionales, que se inclinaban por el comercio y la industria, y por el otro, el hecho que las capitales eran los lugares donde estas actividades se realizaban en gran escala" (1993:76).

Este mismo autor apunta que, sobre la base de datos de extranjería y migración, entre 1941 y 1950 de un total de 244 judíos sefardíes en Chile, un 32% procedía de Yugoslavia y un 30% de Turquía. Y entre 1951 y 1960, con un número absoluto similar, un 37% venía de Turquía, un 36% de Yugoslavia, un 11% de Argentina y un 7% Grecia. Este autor estima que los sefardíes serían entre un 10 y 15% del total de judíos en Chile (Matus, 1993). Esto es, para los años actuales, en torno a las 3.000 personas¹⁰.

¹⁰Según la antropóloga Mirta Bialogorski, los inmigrantes judíos sefardíes representaron en Chile el 20% del total de los inmigrantes judíos (la gran mayoría son Ashkenazi, judíos de Europa Central u Oriental). Sin embargo, señala que, a diferencia de Argentina, no se registraron casos numerosos de sefardíes procedentes de los mismos lugares que los inmigrantes árabes. Menciona a los sefardíes de Aleppo, Siria, en la Argentina de mediados del siglo XX, quienes generaron una corriente centripeta y se cerraron (1999-2000).

Respecto de los sefardíes, Matus dice: "Los elementos de procedencia (básicamente de Esmirna, Monastir, Salónica e Istambul) y la mayor homogeneidad en su composición interna, hicieron de la corriente inmigratoria sefaradí un grupo bastante cohesionado en sus costumbres y en su universo cultural, cohesión que fue fruto de los elementos constitutivos de su patrón histórico de emigración y adaptación" (Matus, 1994:94).

Antes del desarrollo industrial y a diferencia de otras naciones latinoamericanas, donde existía una elevada concentración en las grandes ciudades sin integración en una red urbana, Chile se caracterizó por presentar una urbanización muy temprana y poco concentrada de sus ciudades. En 1907, poco más del 10% de la población total residía en Santiago. En 1930 la concentración en Santiago aumentó a un 16%. Según el Censo de Población de 2002, un 42% de la población chilena se concentra en la Región Metropolitana de Santiago.

En los inmigrantes árabes, y seguramente también en los judíos, la forma migratoria en cadena, sumada a la necesidad de agruparse para lograr un mejor desempeño en las labores comerciales, implicó una marcada concentración territorial. La dispersión o concentración de la población árabe en el país varió de acuerdo al lugar de origen de los inmigrantes. Este hecho resultó muy importante si consideramos las particularidades de cada grupo migratorio árabe: palestinos, sirios y libaneses. Los inmigrantes que provenían de ciudades se radicaban también preferentemente en ciudades (sirios que procedían de Homs). No obstante, si las personas venían de zonas rurales, generalmente elegían en un comienzo pueblos o ciudades pequeñas para asentarse (Agar, 1982).

Un 40% de las familias árabes se encontraban asentadas en Santiago en el año 1941. Tres eran los barrios contiguos donde se concentraban: Recoleta, en un 26%; San Pablo, un 16% y en Santiago Centro, un 11%. Estos barrios llegaron a identificarse con el inmigrante y sus descendientes debido a su importante presencia en la zona (Agar, 1982).

El barrio con mayor importancia es el ubicado en la zona de Mapocho, al norte de Santiago, que comprendía las calles Patronato, Independencia, Recoleta y sus alrededores. Con la llegada de los árabes a este sector no sólo afloró el comercio, sino que también se iniciaron los primeros talleres textiles. Incluso en los inicios del siglo XXI y a pesar de la creciente presencia de ciudadanos coreanos, el barrio Patronato sigue siendo identificado con los árabes y el comercio de vestuario.

En Santiago se concentraron un 36% de los palestinos, un 57% de los sirios y un 25% de los libaneses. Existió un orden decreciente de localización en Santiago por grupo migratorio, según la existencia de uno o varios puntos importantes de origen. Por ejemplo, el mayor porcentaje de familias árabes que vivía en Santiago, respecto del total nacional del grupo migratorio, provenía de Siria y del total de

inmigrantes sirios, el 46% procedía de un sólo pueblo, Homs, que presentaba características urbanas más acentuadas que otros lugares de origen de los inmigrantes árabes. En contrapartida, los inmigrantes libaneses mostraban una dispersión tanto en los lugares de origen como de asentamiento en Chile (Agar, 1982).

Puede observarse que con el paso de los años se diluye la concentración en determinados barrios, lo que indica una integración progresiva especialmente por parte de los descendientes. Según la información obtenida a través de la EPOA (Agar, 2001) la actual distribución espacial de la población árabe se concentra fuertemente en el sector de Santiago Oriente (comunas de Lo Barnechea, Vitacura, Las Condes y Providencia), con un 56% del total —comunas que son consideradas de clase media alta y alta. En las comunas consideradas típicamente de clase media (La Reina y Ñuñoa) vive un 15% de la población encuestada. El 29% de la restante población consultada vive en otros sectores de la Región Metropolitana.

Para el caso de la población judía en Santiago, en el año 1986, éstos se concentraban en Las Condes en un 37%, Providencia un 35%, Ñuñoa un 14% y la Reina un 4%. En total, un 90% de sus habitantes se concentraba en estas comunas (Matus, 1993).

La dispersión de la población árabe que no residía en Santiago, puede deberse en parte a las características del desarrollo urbano del país. Chile se urbanizó muy tempranamente, lo que conllevó un bajo nivel de concentración demográfica, ofreciendo a la comunidad árabe la posibilidad de instalarse en diversos núcleos urbanos a través de todo el territorio nacional (Agar, 1982).

La actividad comercial ambulatoria, que exigía la incursión en territorios alejados para alcanzar pequeños poblados, constituye otra variable fundamental al momento de explicar el modo de localización en el país. Lograda una cierta clientela en aquellos pueblos, se puede suponer que la instalación en localidades medianas responde a la necesidad de acceder a ellas en forma recurrente. En una segunda etapa, la instalación se caracterizó por la diversidad de artículos ofrecidos (Agar, 1982). Con ello, mostraron así su "completa capacidad de integración, toda vez que la vida en pequeños pueblos, el mundo rural, e incluso, algunas características del clima, eran parte de la experiencia del inmigrante" (Olguín/Peña, 1990:96-97).

Los árabes estaban distribuidos en todo el país, aún en las localidades más pequeñas y apartadas. Así, "...había, al año 1940, por lo menos dos familias o más de árabes y, generalmente, eran de la misma nacionalidad, reafirmando lo que hemos anotado, respecto a la presencia de familias o amigos como factor de atracción. Por tanto, los árabes propendieron a agruparse en Chile, de acuerdo a su país y, aun más, de su aldea o ciudad de origen. Por ejemplo, a Chile llegaron y

se establecieron diez sirios provenientes de Aleppo. Los diez estaban asentados en Antuco" (Olgún/Peña, 1990:99).

Para el año 1940, el 55% de las familias árabes localizadas en Vallenar provenía de Chiach (Líbano); en La Serena, el 55% era originaria de Safita (Siria); en La Calera, el 74% venía de Beit-Yala (Palestina); en San Vicente de Tagua Tagua, el 64% era de Nebek (Siria); en Mulchén, el 61% provenía de Belén (Palestina); y en Puerto Natales, el 47% venía de Mademiar (Siria) (Agar,1982).

En todas las ciudades secundarias a nivel de provincia, se apreciaba proporcionalmente una mayor concentración de población árabe que en las ciudades principales. Por ejemplo, en la provincia de Valparaíso, las familias árabes se localizaban, proporcionalmente, más en Quillota y La Calera que en Valparaíso y Viña del Mar. En la provincia de Concepción, las familias árabes prefieren proporcionalmente ubicarse más bien en Tomé que en Concepción, la capital provincial; también en el extremo sur de nuestro país, en la provincia de Magallanes, en proporción, la población árabe prefirió Puerto Natales en vez de su capital, Punta Arenas (Agar, 1982).

Los inmigrantes buscaban la cercanía de sus coterráneos para aminorar los efectos del desarraigo y poder compartir con sus paisanos. La concentración espacial en ciudades y barrios específicos demuestra la habitual forma de inserción de los primeros inmigrantes. La concentración territorial se justifica por la necesidad de aunar fuerzas en un medio desconocido y a veces hostil. Por otro lado, se constituyó en una forma de integración social toda vez que facilitó el progreso económico y, en consecuencia, posibilitó la futura integración social.

En etapas posteriores, la instalación se caracterizó por la diversidad de artículos ofrecidos. Los inmigrantes árabes y la primera generación de descendientes, son un grupo identificado principalmente con la actividad comercial y la creación de industrias del rubro textil, especialmente concentradas en el algodón. Tanto en el sector industrial como en el comercial, la población árabe se ha especializado en productos textiles.

En la ciudad de Homs, cuna de la mayoría de los inmigrantes sirios llegados a Chile, la principal ocupación de sus habitantes consistía en la fabricación de sedas y algodones en telares rudimentarios, cuya forma de producción estaba organizada en forma parecida a lo que ocurría en la Edad Media europea, con el comerciante que proporciona la materia prima y compra al artesano el producto acabado (Sanfuentes, 1964).

El capital reunido y obtenido gracias a la actividad comercial, permitió a varios inmigrantes dedicarse primero a la instalación de talleres textiles los que, en algunos casos, llegaron a expandirse hasta la conformación de una industria textil.

La actividad económica de los inmigrantes y descendientes se concentra en la comuna de Recoleta, con importante predominio en la actividad ligada al vestuario y la confección.

Los datos de 1981 (Agar, 1982) y 2001 (Agar, 2001), nos permiten observar adecuadamente la evolución en esta actividad económica de la población árabe y no árabe. En los años ochenta, un 23% de las empresas que se dedican en Santiago al rubro de las confecciones tenía un propietario de origen árabe, mientras que en el rubro textil era de un 48%. Para el año 2001 estas cifras son de un 33% y 36% respectivamente. El cambio en las proporciones es coherente con el estilo de desarrollo económico de Chile a partir de los años ochenta.

Por otra parte, la localización espacial de las empresas con participación árabe se mantiene aún en la comuna de Recoleta. De las 479 empresas registradas en la guía de la Sociedad de Fomento Fabril, SOFOFA, de Chile (Agar, 2001), un 23% se localizaba en Recoleta, un 21% en Santiago y un 10% en Macul.

Con respecto a los judíos, en 1948 un 32% de la población se dedicaba al comercio, frente a un 13% de la población chilena. Y un 43% estaba en la industria respecto del 29% de la población nacional (Álvarez, 1996). Esta misma autora relata que "(...) la crisis económica de los años 30 suprimió al "semanalero". Sin embargo, muchos de los judíos afectados se establecieron con negocios pequeños o industrias caseras de confección y, gracias a la llegada de inmigrantes judíos provenientes de Europa Central en la década de los 30, la industria textil se desarrolló notablemente" (1996:81).

Es evidente la similitud en las etapas iniciales en la actividad económica de los inmigrantes y primera generación de descendientes árabes y judíos. El "semanalero" judío es equivalente al "falte" árabe (quien traía aquella mercadería que faltaba), ambos vendían a crédito y, es posible aventurar, que dieron inicio a la venta a domicilio; o sea, llevaban productos nuevos que cubrían necesidades asociadas a un progreso material de vida. Para 1986, un 74% de los judíos se dedicaba al comercio e industria frente a un 62% de la población activa chilena (Matus, 1993).

e. De la adaptación a la integración

A pesar de la dispersión territorial y el perfil del inmigrante árabe —hombre joven soltero—¹¹, la celebración de matrimonios exogámicos fue en un comienzo relativamente baja: Según su fecha de celebración, entre 1910 a 1919 sólo el 11,6% de los matrimonios eran mixtos, es decir, aquellos en que uno de los

¹¹ Al momento de ingresar a Chile sólo un 9,4% de los inmigrantes árabes estaban casados (Olguín/Peña, 1990).

cónyuges es de origen árabe. En tanto, en la época comprendida entre 1920 y 1929, este tipo de matrimonios aumentaron a un 16,3% (Zedán, 1994).

La EPOA 2001 nos entrega información según el tipo de mestizaje por grupo migratorio. Un 61% de todos los encuestados tiene ambos padres cuyo origen es árabe; un 26% sólo por línea paterna y un 13% sólo por vía materna. En los palestinos, un 38% tiene a uno de sus padres cuyo origen no es árabe. Entre los sirios este porcentaje alcanza a un 50%. Por otra parte, la exogamia también parece decir relación con el tipo de actividades. De este modo, la comparación entre los grupos de empresarios, académicos y estudiantes, es relevante para comprender las diferencias generacionales y de actividad en los tipos de matrimonio. En los empresarios, sólo el 14% tiene a uno de sus padres cuyo origen no es árabe; en los académicos esta cifra aumenta a un 47%. En ambos grupos la edad media se sitúa en torno a los 50 años. En los estudiantes universitarios, en cambio, este porcentaje alcanza un relevante 72%, mostrando que el mestizaje aumenta notoriamente en la medida que pasan las generaciones. Si bien también se aprecia que la actividad empresarial, ciertamente más endógena por factores económicos¹², hace que se preserve en mayor medida los matrimonios entre personas del mismo origen.

Muy relacionado con lo anterior, en la EPOA 2001, un 44% de los académicos y empresarios declara que sí es importante que el cónyuge de sus hijos sea de origen árabe. Entre los académicos un 24% declaró que sí era importante, mientras que entre los empresarios este porcentaje se elevó a un 55%, expresando que los motivos principales tienen que ver con el mantenimiento de las tradiciones y por compartir una historia en común. Entre los estudiantes sólo el 13% piensa que sí es importante que su futuro cónyuge sea de origen árabe.

Para el caso de la población judía, según datos para el año 1986 consignados por Carlos Matus (1993), en los jóvenes entre 20 y 29 años, un 30% se había casado exógenamente. En la población entre 40 y 49 años esta cifra era de un 23% y en el grupo etario entre 60 y 69 años, sólo un 16%.

En ambos grupos se observa con claridad, al pasar de las generaciones, una tendencia a los matrimonios exogámicos. Este hecho es un indicador clave de la integración a la sociedad chilena.

Respecto de la auto percepción de los descendientes de árabes, la EPOA 2001 muestra que un 65% del total de encuestados se reconoce como "chileno/árabe". Un 13% como "árabe/chileno" y un 12% como "chileno" a secas. La opción "chileno/árabe" muestra, por un lado, el reconocimiento a la adscripción a lo

¹² Aunque este análisis escapa al presente escrito, los datos encontrados abren la pista a una especulación sociológica acerca de la relación entre endogamia y actividad económica.

chileno y, por otro, un reconocimiento de la identidad árabe como parte integrante de su ser. En el caso de los académicos, un 79% anotó la alternativa "chileno/árabe"; mientras que entre los empresarios, este porcentaje fue de un 65%. En el caso de los estudiantes, esta cifra disminuye a un 51% (Agar, 2001).

Sobre la base de los antecedentes recogidos para este escrito así como las vivencias propias, es posible decir que los descendientes de los inmigrantes árabes y judíos se han integrado plenamente en la sociedad chilena y este proceso se ha intensificado con el paso de las generaciones nacidas en Chile.

A modo de síntesis

La revisión de literatura sobre la inmigración árabe y judía en Chile muestra que, según las disciplinas de sus autores, se han enfocado más bien hacia aspectos históricos, sociológicos o psicológicos. Por lo mismo, no ha sido fácil realizar una cabal comparación de ambos procesos de inmigración e integración. Con todo, es posible formular algunas especulaciones... en este caso sociológicas; por cierto, a la luz de la información recogida y también producto de la experiencia del autor en estas temáticas y las vivencias personales. Lo anterior, unido a un interés disciplinario por comprender el papel de las distintas comunidades en la conformación de la sociedad chilena, conducen a la elaboración de estas ideas síntesis que a continuación se escriben.

1. El contexto de la inmigración árabe y judía en Chile fue similar. Ambos grupos llegaron en un momento en donde las políticas oficiales que promovían el desplazamiento hacia Chile de extranjeros decaían. La sociedad chilena y fundamentalmente los grupos sociales dominantes, ejercieron una presión discriminatoria contra aquellos grupos cuyo origen escapaba a los patrones cristiano occidentales. Árabes y judíos entraban en alguna de estas categorías. Por lo mismo el proceso inicial de adaptación fue difícil y no exento de prejuicios que con gran tesón pudieron superar.
2. El proceso de integración de ambas comunidades estuvo impregnado de una convivencia positiva. Como consecuencia de actividades económicas muy similares, el diálogo y la colaboración fue permanente y fluido. La mayor parte del proceso de adaptación tuvo lugar en un período previo al conflicto palestino – israelí.
3. Árabes y judíos se concentraron en Santiago en mucha mayor medida que la población nacional en su conjunto. En el lapso de mayor presencia de inmigrantes y descendientes de primera generación (décadas del treinta y cuarenta), en torno al 40% de la población árabe vivía en Santiago. Esta cifra es levemente superior a la de los extranjeros en su conjunto y muy por sobre el 20% de la población chilena. La población judía duplicaba, con cerca de un 80%, a la población árabe en su concentración en Santiago, marcando una impronta muy peculiar en su proceso de integración social estrechamente

ligado a la localización espacial. En el presente se puede decir que siete de cada diez descendientes de inmigrantes árabes y nueve de cada diez descendientes de inmigrantes judíos que reside en Santiago, se localiza en barrios de clase media, media alta y alta.

4. Los árabes y judíos que no se localizaron en Santiago siguieron patrones territoriales distintos. Los árabes se dispersaron a través de todo el territorio nacional y prefirieron residir y ejercer sus actividades económicas en las ciudades secundarias más que en las principales a nivel de provincia. En cambio, los judíos que no vivían en Santiago se localizaron en mayor medida en las ciudades principales de cada región.
5. Las nuevas generaciones de ambas comunidades se han mezclado cada vez con mayor ímpetu con población chilena de orígenes diversos. Es así como dos de cada tres jóvenes de origen árabe es hijo de un padre o madre no árabe. En la población judía esta proporción, si bien ha aumentado con el paso de las generaciones, es bastante menor a la de los árabes con uno de cada tres.
6. Prácticamente dos de cada tres descendientes de árabes se reconoce como "chileno/árabe", lo cual significa, a nuestro juicio, un reconocimiento claro de la identidad chilena sin dejar de vista un apego por sus raíces árabes. Lamentablemente no disponemos de esta información para el caso de la población judía en Chile.
7. La convivencia de árabes y judíos en Chile es ejemplo para el mundo y también debe tener un efecto demostrativo para la tolerancia e integración de los nuevos inmigrantes tales como coreanos y peruanos, quienes viven hoy en día situaciones muy similares a las vividas por árabes y judíos durante la primera parte del siglo XX.
8. Después de un siglo de la llegada de los primeros flujos migratorios de árabes y judíos, es posible aseverar que ha habido una integración de ambas comunidades a la sociedad chilena sin que esto haya significado aculturación. Es decir, ambos grupos han logrado una inserción plena a Chile, aportando en las primeras generaciones (inmigrantes y primeros descendientes) con un espíritu emprendedor caracterizado por el trabajo familiar y una actitud independiente frente al trabajo. Sin duda estas generaciones han agregado un valor económico al desarrollo de Chile, desarrollando nuevas formas de comercio y labrando las bases de importantes industrias. Es posible hablar en el caso de dichas generaciones de aquellas que debieron *adaptarse*. Las generaciones que siguen (los descendientes de segunda y tercera generación) han sido aquellos marcados por la "integración". En estas generaciones ya vemos aparecer con fuerza gente que se inserta en los más variados campos del saber y el hacer. Destacan en distintas profesiones tradicionales, la política, las letras y el arte, entre muchas otras. La cuarta generación que está creciendo se debate, y también se divide, entre una integración que si bien está muy ligada a la sociedad chilena, mira también a sus raíces, y una *aculturación* que desconoce o mal conoce sus orígenes. Asimismo, se vislumbra un reverdecer de lo étnico. Los judíos se instalan en barrios específicos y vuelven a

retomar tradiciones ortodoxas, y muchos jóvenes árabes retornan a la Iglesia Ortodoxa de sus ancestros. Por ahora se observa que este fenómeno es más saliente en la población judía que en la árabe. La reetnización que se esboza en segmentos de las nuevas generaciones es un proceso común a diversos grupos humanos y que se ha producido en distintas partes del mundo.

9. Finalmente, si buscamos aspectos en común entre árabes y judíos crecidos en Chile, sigamos a Balzac (*Una hija de Eva*) cuando escribe: "Sólo las razas que provienen de los desiertos poseen el poder de la fascinación en la mirada. Sus ojos conservan sin duda algo del infinito que han contemplado. Tras mil ochocientos años de destierro, el Oriente brillaba en los ojos y en la cara judía de Ester".

en 6. reetnización de las nuevas generaciones a la luz de procesos semejantes en diversos grupos y varias partes del mundo

Referencias bibliográficas

Agar, Lorenzo et al. (2001). Encuesta a la población de origen árabe en Santiago de Chile (EPOA), Santiago de Chile (inédito).

Agar, Lorenzo y Rebolledo, Antonia. (1997) La inmigración árabe en Chile: los caminos de la integración. En libro *El Mundo Árabe y América Latina*. Ediciones UNESCO/Libertarias/Prodhufi. Paris.

Agar, Lorenzo (1982). El comportamiento urbano de los migrantes árabes en Chile y Santiago. Instituto de Estudios Urbanos. Tesis para optar al grado de Magíster en Planificación del Desarrollo Urbano y Regional. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Alvarez, María José (1996). Judíos en Chile de 1930 a 1950. Instituto de Historia. Tesis de Licenciatura en Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Bialogorski, Mirta (1999-2000). Coreanos, judíos y árabes en la Argentina: tres modalidades diferenciales de inserción social y simbólica. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Revista Chilena de Antropología Nº 15. Santiago de Chile.

Böhm, Günter (1983). Cuatro siglos de presencia judía en Chile. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile. Revista Chilena de Educación Nº 4. Santiago de Chile.

Cerda, César (1998). Historia y Desarrollo de la Clase Media en Chile. Ediciones UTEM, Santiago de Chile.

Daher, María Teresa (1986). Exploración Psico-social de la inmigración libanesa en Chile. Tesis para optar al grado de Psicólogo. Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile.

Klich, Ignacio (1998). Les sources concernant les Libanais et autres Moyen-Orientaux en Argentine, en Michel Nancy (comp.), Les Arabes du Levant en Argentine, IREMAM, Aix-en-Provence.

Klich, Ignacio (1992). Criollos and Arabic Speakers in Argentina: An Uneasy Pas-de-Deux, 1888-1914", en Albert Hourani and Nadim Shehadi (eds.), The Lebanese in the World: A Century of Emigration, I.B.Tauris, Londres.

Lahsen, Daniela (2001). Construcción de una nueva identidad "Chilena-Palestina". Tesis para optar a grado de Licenciada en Historia. Escuela de Historia, Universidad Finis Terrae. Santiago, Chile.

Larraín, Jorge (1996). Modernidad, razón e identidad en América Latina. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.

Mattar, Ahmad Hassan (1941). Guía Social de la Colonia Árabe en Chile (Siria-Palestina-Libanesa). Ahues Hermanos, Santiago de Chile.

Matus, Mario (1993). Tradición y adaptación: vivencia de los Sefaradíes en Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades. Departamento de Ciencias Históricas. Comunidad Israelita Sefaradí de Chile Editores. Santiago de Chile.

Olguín, Myriam y Peña Patricia (1990). La inmigración árabe en Chile. Instituto Chileno-Árabe de Cultura. Editores Instituto Chileno-Árabe de Cultura. Santiago de Chile.

Palacios. Nicolás (1918). Raza chilena. Libro escrito por un chileno para los chilenos. Editorial Chilena. 2a edición. Santiago, Chile.

Rebolledo, Antonia (1994). La "Turcofobia". Discriminación antiárabe en Chile, 1900-1950. Revista Historia, Vol.28, 1994:249-272. Santiago de Chile.

Rebolledo, Antonia (1991). La integración de los árabes en la vida nacional: los sirios en Santiago. Tesis de grado. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica. Santiago de Chile.

Sanfuentes, Andrés (1964). La influencia de los árabes en el desarrollo económico de Chile. Tesis. Departamento de Ciencias Económicas e Ingeniería Comercial. Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Zedán, Marcela (1994). La Presencia de la mujer árabe en Chile. Centro de Estudios Árabes. Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Vicuña Mackena, Benjamín (1865). Bases del informe presentado al Supremo Gobierno sobre la inmigración extranjera por la Comisión especial nombrada con ese objeto. Imprenta Nacional, Santiago de Chile.